

# Introducción. El lugar de la “nueva izquierda” en la historia reciente.

Coord. por **María Cristina Tortti**

(IDHCS- UNLP)

Los trabajos aquí presentados son apenas una muestra de la variedad de temas y problemas que componen el campo de estudios sobre la “nueva izquierda”, y de la multiplicidad de sus dimensiones y formas de abordaje. El atractivo, y también la dificultad que este campo presenta, radica en que los personajes, discursos y acontecimientos involucrados fueron parte de una época (1955-1976) durante la cual los límites entre lo social y lo político se volvieron especialmente difusos, el tiempo pareció acelerarse.

Por entonces, al compás del creciente impulso renovador que movilizó a los más diversos sectores sociales e involucró a las más variadas tradiciones político-culturales, se gestó un inédito movimiento de oposición que, por su magnitud, pareció trastocar los términos y las formas tradicionales de la política argentina. Además de la multidimensionalidad ya mencionada, los estudios sobre la “nueva izquierda” deben afrontar el particular desafío planteado por la cercanía/ lejanía de episodios cuyo fortísimo impacto político está lejos de haberse extinguido (de “ser pasado”).

En tal sentido, en la búsqueda de explicaciones, se está siempre ante el riesgo del exceso de empatía con los protagonistas – sus ideas y proyectos- o del déficit de comprensión respecto de la incidencia de las condiciones históricas en las que actuaron.

Además, en los intentos de explicación, no puede estar ausente el conocimiento del curso seguido por los acontecimientos – incluido el trágico final-: hoy, la distancia y el conocimiento de una historia que ya fue, pueden hacer visibles aspectos entonces inadvertidos o minimizados por los actores, justipreciar de otra manera la importancia de algunos acontecimientos espectaculares –como el “Cordobazo”-, o mostrar el callejón sin salida al que condujeron ciertas opciones políticas. Pero esto implica la necesidad –el desafío- de alejarse tanto del espíritu apologético como de la cerrada condena, y resistirse a la tentación de proyectar sobre ese mundo alternativas que entonces no formaban parte de él.

Desde este punto de vista, cuando se revisa la producción de los últimos años en el campo de la historia reciente se advierte la fuerte presencia adquirida por los estudios sobre la última dictadura militar y las condiciones que hicieron posible el desencadenamiento de semejante violencia represiva sobre la sociedad. Con frecuencia, desde allí se disparan reflexiones sobre la responsabilidad que cabría asignar a los grupos de la “nueva izquierda” en la gestación del clima de violencia política que la precedió, y se derivan disputas acerca de los objetivos que deberían guiar la construcción de una memoria social capaz de evitar la repetición de tales sucesos.

Sin menoscabo de la importancia de esa discusión, cabe señalar algunos de los efectos que su inevitable impronta político-normativa produce en el plano de los estudios sociohistóricos. De manera notoria, ello ocurre cuando las posiciones/ opiniones adoptadas en los mencionados debates pasan a operar como organizadores de la selección de los datos y como punto de partida y norte del análisis de los procesos de activación social y política desarrollados entre mediados de los años cincuenta y la primera mitad de los setenta. Suele ocurrir entonces que tanto en las miradas condenatorias como en las apologéticas se tienda a concentrar la atención en uno de los

tramos de esa historia –el que se abrió con el “Cordobazo”-, y en uno solo de sus actores –los “partidos armados”. Este doble recorte no puede sino llevar a la simplificación del complejo encadenamiento de conflictos que desde la caída del peronismo fue envolviendo a la sociedad argentina, y a la invisibilización de buena parte de los actores –políticos, sindicales, intelectuales, religiosos- que dieron densidad al movimiento de oposición del cual las organizaciones armadas formaron parte.

Aquí, como en anteriores trabajos<sup>1</sup>, recurrimos al concepto de “nueva izquierda” para englobar al conjunto de fuerzas sociales y políticas que protagonizó un intenso proceso de protesta y radicalización que incluyó desde el estallido espontáneo y la revuelta cultural, hasta el clasismo en el movimiento obrero y el accionar guerrillero.

Aunque heterogéneo y sin dirección unificada, el movimiento adquirió considerable unidad en los hechos, en la medida en que desde los más diversos ángulos múltiples actores coincidían en apuntar al viciado régimen político vigente y al orden social por él sostenido.

Desde nuestro punto de vista es crucial reponer la complejidad de ese escenario y tomar nota del conjunto de condiciones que generaron un malestar tan extendido, analizar la inflexión “revolucionaria” que fueron adquiriendo ciertos discursos, la intensa radicalización de las prácticas –sindicales, políticas, artísticas e incluso profesionales- y la progresiva aceptación del recurso a la violencia para la resolución de conflictos.

La inevitable pregunta acerca del escaso apego que importantes sectores de la sociedad mostraron hacia las instituciones y métodos de la democracia “formal”, no puede obviar el dato de la deslegitimación creciente del poder estatal, proceso iniciado mucho antes del auge de la lucha armada. Puesto en marcha en 1955, se proyectó a la década siguiente mediante el viciado funcionamiento de un sistema político sometido al poder militar, y envuelto en el “juego imposible” generado por la proscripción del peronismo. En semejante cuadro de situación –que incluía la incapacidad de los gobiernos para corregir el errático comportamiento de la economía y contener la conflictividad social-, el desprestigio alcanzó también a las dirigencias sociales y políticas establecidas, aun las de origen popular o de izquierda, que resultaron cuestionadas por su falta de voluntad o capacidad para torcer ese rumbo.

Por dicha razón, reponer la complejidad a la que antes aludimos, requiere también de un trabajo de especificación que dé cuenta de las modalidades que el malestar fue adquiriendo en cada sector, así como de los discursos y mecanismos a través de los cuales fue procesado en cada una de las tradiciones políticas y culturales involucradas. Una mirada, aunque sea ligera, sobre los últimos años cincuenta y los primeros sesenta, permite apreciar el comienzo de ciertos procesos que, pocos años después, trastocarían las tradicionales oposiciones de la política argentina. Una incipiente aunque sostenida tendencia a “girar a la izquierda”, y una no menos marcada búsqueda de acercamiento al peronismo por parte de sectores antes refractarios a su presencia, conducirían a las nuevas y juveniles camadas dirigentes a experimentar con novedosas fórmulas políticas.

En este marco, el entusiasmo despertado por la Revolución Cubana –aquí como en tantos otros países latinoamericanos-, al brindar un nuevo horizonte, facilitó notablemente la incorporación de “ideas revolucionarias”, y alimentó expectativas de un cambio rápido y radical tanto en la izquierda como en el peronismo, además de abrir flancos en ambientes antes inmunes a ese tipo de ideas y propuestas, como es el caso, aunque no exclusivo, del mundo católico. Por otra parte, el repaso, aunque sea somero, de otras

<sup>1</sup> Se trata de dos trabajos de la autora: (1999) “Protesta social y ‘nueva izquierda’ en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en A. Pucciarelli (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la ‘nueva izquierda’ en tiempos del GAN*, pp. 205-234, Buenos Aires: Eudeba; y (2006) “La ‘nueva izquierda’ en la historia reciente de la Argentina”, en *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales 3*, Departamento de Sociología- Facultad de Humanidades- UNLP: 19-32. En esta breve Introducción hemos prescindido de citar bibliografía: lo más significativo de ella se encuentra en los mencionados artículos y en los trabajos que conforman este dossier.

## DOSSIER

## El lugar de la "nueva izquierda" en la historia reciente

experiencias latinoamericanas, ilustra no sólo sobre las extendidas ansias de cambio y el efecto acelerador de la Revolución Cubana, sino también sobre el carácter de las respuestas elaboradas desde los centros de poder, nacionales e internacionales. Avanzar por un camino comparativo permitiría matizar afirmaciones corrientes sobre el papel desempeñado por la lucha armada en la implantación de las dictaduras militares, tal como parecen mostrarlo el temprano desencadenamiento del golpe de estado de 1964 en Brasil, o la brutal interrupción del proceso de transición institucional al socialismo en Chile, en 1973.

En el caso argentino, cuando en la segunda mitad de los sesenta la Revolución Argentina suprimió toda forma de expresión y representación –aún la del defectuoso ciclo anterior-, la nueva y multiforme oposición encontró un renovado punto de unidad. Además, la hostilidad del nuevo régimen hacia el mundo de la cultura y los reflejos conservadores y antimodernos de sus funcionarios ampliaron los círculos del descontento y lograron que el orden que los militares defendían fuera percibido no sólo como injusto, sino también como anacrónico. A partir de entonces, discursos que habían sido patrimonio de pequeños grupos comenzaron a circular de manera más amplia, proporcionando un nuevo horizonte a la protesta. La extendida presencia, en muy variados ámbitos, de consignas referidas a "liberación nacional", "socialismo" y "revolución" –pese a su polisemia- es indicativa del tipo de politización alcanzado por el conjunto del movimiento, del corrimiento de los límites entre lo social y lo político al que se aludía más arriba, y también del nivel de radicalización alcanzado por quienes decidieron enfrentar al estado con las armas.

Sin embargo, es conveniente no identificar a todas las organizaciones revolucionarias con las político-militares, ni pasar por alto los debates que alrededor de este punto sostenían los mismos protagonistas. Sí convendría profundizar en las razones por las cuales dentro de la "nueva izquierda", las organizaciones armadas fueron las que lograron mayor crecimiento y, al menos en sus etapas iniciales, concitaron considerable simpatía por parte de la sociedad. Y así como no es necesario desconocer las diferencias entre protesta social y acción política organizada –armada y no armada- para advertir la multiplicidad de los lazos que existieron entre ambas formas de acción, también corresponde preguntarse por los límites encontrados por los grupos más radicales en su trabajo con los sectores populares. Y por el momento en que esos límites se convirtieron en distancia, sea por la persistencia en dichos sectores de identidades fuertemente arraigadas o por la esperanza despertada por unas elecciones que al poner fin a la dictadura volverían innecesaria la violencia. Pero, bastante rápidamente, los hechos de Ezeiza y el abrupto final del gobierno de Cámpora, hicieron que esas expectativas comenzaran a desvanecerse y que la "nueva izquierda" ingresara en su fase final.